

7.45 DE LA MAÑANA DE UN LUNES CUALQUIERA

Los mensajeros, impecablemente uniformados se han reunido como cada mañana en el bar cercano a la agencia.

Sólo disponen de quince minutos. Luego se zambullirán en el cotidiano y nunca suficientemente reconocido mundo del ir y venir por la ciudad, poniendo en peligro su integridad física por cuatro miserables euros. Y es lo que decía aquel veterano mensajero al que sus compañeros bautizaron con el nombre de “Tragamillas”, ahora retirado y cojo a causa de un grave accidente con su moto.

—... conocí una vez a una prostituta. Me solía decir que tenía que acostarse hasta con su sombra para poder llegar a fin de mes... Y esto, muchachos, no lo olvidéis, es lo mismo que nos ocurre a nosotros, pobres desgraciados. Al igual que la prostituta tenemos que rellenar mil albaranes para poder llegar a fin de mes.

Ahora, “Tragamillas”, con su cojera a cuestas y su amargura a flor de piel por no poder ser útil en su trabajo que era la mensajería, sobrevivía gracias a una pensión de invalidez que, descontando los gastos de supervivencia, no le quedaba ni para pagar una ronda a sus amigos, él que siempre había sido tan espléndido.

En ese momento, se abre la puerta del bar y entra Nicky, rubio, algo escaso de pelo, inquieto. Se le ve recién afeitado. Su cara es como la de un niño. Huele a loción barata. Por no perder la costumbre llega el último.

— ¿Qué pasa tíos?— es su saludo, al tiempo que le hace una indi-

cación a la camarera para que le sirva su habitual cortado.

— Este madridista — responde con un guiño Carlos, un tipo flacucho y que siempre presume de tener su furgó 400 limpia como el oro, la más cuidada de la 819 — que dice que al Barça le regalaron ayer un penalti. ¡Pero si al Madrid le han regalado más penaltis que a ningún otro equipo del planeta! ¡Tendrá jeta el tío!

El hincha madridista, que por cierto no es madrileño si no de Calella de Palafrugell, se llama Jorge. Es bajito, más bien rechoncho. Un auténtico veterano de la mensajería. Decía que si sumara los kilómetros que había hecho con su vieja moto, podría dar tres veces la vuelta al mundo.

Se encara con su compañero Carlos. Sólo con el fin de tocarle las narices.

— Mira tío, mi abuela que es ciega hasta el culo vio que era un penalti como una casa. Así que si ella lo dice...

— Yo estuve en el campo — Nicky se mete rápidamente en la conversación — y te puedo asegurar que no fue penalti.

— Tú ¿en el Camp Nou?— se mofa Jorge— ¡Pero si no sabes donde está!!

— A Nicky le gusta tocar las narices ¿o es que no le conocéis?

— interviene Hugo sin dejar de mirar el periódico deportivo que tiene delante, sobre el mostrador—Lo dice aquí. Fue penalti.

Hugo es sudamericano. Tiene un color de piel ligeramente oscuro. Es un buen mensajero. Conduce una furgó 1500 y a veces con excesiva temeridad. Ya ha tenido un par de accidentes debido a su afán por trabajar mucho y rápido y ganar plata para traer de Caracas a su mujer y a su hijo de seis años.

Después de la discusión futbolera de todos los lunes, se hace un

pequeño silencio. Jorge se acaba de un sorbo su cortado. Para él fue penalti y punto. Carlos enciende un cigarrillo y mira por encima del hombro de Hugo para enterarse de lo que dice la prensa acerca del partido y se le escapa una leve sonrisa de culé empedernido cuando ve la foto la foto de Eto' o celebrando su gol. ¡Qué bueno es!

Patri la camarera, una bonita uruguaya, retira el servicio del mostrador y Jorge aprovecha para echarle un rápido vistazo al escote. “!Está buena la condenada !” se dice “! Esta sí que tiene un penalti!

De repente se escucha la voz de Nicky:

— ¿Dónde está “El Bala”?

8 DE LA MAÑANA

Naturalmente, no siempre hablan de fútbol.

Otras muchas veces lo hacen de sus problemas, de las cosas que les atañe directamente aunque intentan no obsesionarse porque es algo que no pueden solucionar: su profesión.

Todos están de acuerdo en que es peligrosa y mal retribuida, poco o nada reconocida. Los clientes únicamente ven al mensajero perfectamente uniformado, atento, servicial. No ven más allá, o lo que es peor, no quieren ver. Ese no es su problema.

Ni siquiera existe la posibilidad de un cambio de profesión.

Casi todos están atrapados por las hipotecas, todos tienen una familia que mantener y un vehículo al que cuidar. La huida hacia delante parece difícil.

Posiblemente su destino sea el de seguir batallando por esas calles de Dios hasta el día de su jubilación.

Cuando salen del bar cae una fina lluvia. Jorge echa un vistazo al cielo, encapotado y gris. Se avecina una tormenta y eso le fastidia no por él, que ya está acostumbrado a conducir bajo la lluvia, si no por su vieja moto que se resiente. Debería comprarse una nueva. Quizá más adelante.

Se encuentran con Darío, el jefe de tráfico, que no está precisamente de buen humor. Se le han acumulado los servicios y sabe perfectamente que no dispone de suficientes vehículos a causa de las tres

bajas por enfermedad de dos furgoneteros y un motorista. Contra eso no puede hacer nada, es inevitable en este sector, y hay que saber sosloyarlo como mejor se pueda, sin menoscabo de la calidad del servicio.

Tiene la mesa cubierta de albaranes. El trabajo con toda seguridad se alargará hasta el mediodía. Después, las llamadas irán remitiendo, pero el trabajo no faltará y hay que estar preparado para cualquier emergencia. Pero seguirá habiendo trabajo y por lo tanto, problemas.

Los mensajeros como cuervos al acecho, han rodeado el mostrador a la espera del servicio que les ha de corresponder a cada uno.

Darío les mira de reajo.

- ¡Aún no lo tengo preparado!— masculla— Un poco de paciencia.
- Nadie ha dicho ni mú— dice Nicky
- ¡Pero os conozco!

Transcurren unos minutos. Darío termina de ordenar las recogidas y cuando se dirige al mostrador con ellas en la mano, pregunta:

- ¿Dónde está El Bala?
- Hoy no ha venido— responde Hugo— Debe estar enfermo.
- O su mujer pariendo— dice Carlos

Darío deja los albaranes sobre el mostrador y se dirige a su mesa. Coge un móvil y marca un número. Luego otro.

- ¡Los tiene apagados!

— ¿Quieres el de su casa?— le pregunta Nicky
— Lo tengo— responde Darío. Y hace la llamada.

Tras unos segundos de espera, arroja el móvil sobre su mesa.

— ¡Dios...! —masculla furioso. No responde nadie. ¡Me cago en sus muertos! ¡Pero me va a oír en cuanto pueda hablar con él!

Sólo falta eso.

Un vehículo menos.

Una vez que los mensajeros han tomado nota en sus blocks del servicio que les corresponde, se largan a toda prisa.

Y Darío se queda solo pensativo.

Es un hombre corpulento y que conoce perfectamente la profesión. Nadie tiene que enseñarle nada de la misma. Y sabe cómo tratar a “sus” hombres.

Se acerca a la puerta y mira a través de los cristales la lluvia que ha empezado a caer con fuerza. Él, que antes de jefe de tráfico fue mensajero, entiende perfectamente las dificultades que supone eso para los mensajeros, sobre todo para los que van en moto.

Hay algo en el fondo de su corazón que le hace compadecerse de su equipo de bravos muchachos y que ahora deambulan por la ciudad como un ejército para ganarse el sustento bajo una fuerte lluvia. Aquel era un trabajo duro. Lo sabía por propia experiencia.

De repente, ve llegar a Silvi, bajo un paraguas de color amarillo. Es la que atiende al teléfono y también a los clientes, la que recibe prácticamente todas las llamadas. Tiene una risa contagiosa que seduce a los clientes acostumbrados ya a su voz, amable y firme.

Abre la puerta y sacude el paraguas:

Darío le pregunta, extrañado:

- ¿Qué haces aquí tan temprano?
- Estamos a fin de mes, Darío. Ya sabes lo que sucede. Más trabajo que el de costumbre, tengo que preparar facturas y todo eso. Oye, tienes mala cara.
- Lo que tengo es mala leche.
- ¿Qué pasa?
- No encuentro a “ El Bala”
- ¿No ha venido a trabajar?
- No. Y nada menos, se le ocurre hacerlo hoy. Tenemos mucho trabajo y tres bajas por enfermedad. Voy a ver si lo localizo. ¡Hoy no es mi día Silvi!

En ese momento se abre la puerta de la oficina y entra Laura, una de los dos comerciales de la agencia Barcelona Inmediato. Tiene un rostro gracioso, sus ojos ligeramente achinados, con cierta chispa que le hacen a uno sentirse incómodo, que te estudian y te analizan. Su risa es franca, sincera, espontánea. Posee una combinación perfecta para encandilar a los clientes además de su eficacia como vendedora.

Antes de sentarse a su mesa y una vez que ha depositado su paraguas junto al de Silvi, se reúne con ésta y se ponen a cuchichear algo que debe de ser muy divertido porque terminan riendo alegremente.

Es obvio que el fin de semana ha dado para mucho.

Darío las observa. Pero no las ve. Su pensamiento está muy lejos de aquellas cuatro paredes concretamente en cómo va a solucionar los problemas que se le vienen encima. En aquel momento, ignora que el problema va a ser mucho más gordo de lo que se imagina.

8.30 DE LA MAÑANA

Sandra, la otra administrativa, entra en la oficina blandiendo su paraguas empapado de agua y anunciando:

— Llegan los jefes.

Sandra, es una muchacha muy eficaz en su trabajo que por otra parte conoce a la perfección. En ocasiones sustituye al jefe de tráfico cuando éste está ausente.

Laura, que sigue cuchicheando con Silvi, se dirige con rapidez a su mesa ante la inminente llegada del boss.

F.G y su esposa Eva, entran en la oficina con su ya habitual aire de vitalidad. F.G es elegante, enérgico, dinámico. Tiene muy mala uva cuando se lo propone. Pero es un veterano vendedor curtido en mil batallas. Se las sabe todas en lo referente a las ventas. A veces se comporta de un modo casi obsesivo cuando algo no funciona como a él le gustaría. Entonces, le domina la imperiosa necesidad del cambio para mejorarlo.

También le obsesiona, de un modo casi visceral, dar un buen servicio al cliente. Sabe como nadie que es mucho más difícil mantenerlo que conseguirlo y esto último ya es bastante complicado.

De cualquier modo, se ha empeñado en hacer que Barcelona Inmediato sea una de las mejores agencias de mensajería de la ciudad.

Si le dejan, seguro que lo consigue.

Eva, su esposa, es una experta contable. Lleva los números de la agencia. Es implacable con los morosos a los que suele perseguir hasta la extenuación, no les da tregua y salvo excepciones siempre se sale con la suya, es decir, acaba por cobrar.

Lo que los empleados han detectado al entrar el boss y su mujer en la oficina, es que F.G tiene cara de pocos amigos. Y eso no augura nada bueno.

Y no se equivocan.

Nada más sentarse en su oficina, FG llama a su jefe de tráfico.

— ¡Darío!

El jefe de tráfico acude a la llamada sabedor de que se va a llevar algún palo.

FG maneja los papeles. En su rostro impecablemente afeitado, hay un rictus de preocupación.

— El pasado mes fue nefasto en lo referente al servicio, Darío. Lo he comprobado éste fin de semana. Hemos hecho casi un 10% menos de servicio que el mes anterior. Y eso es mucho. ¿Se te ocurre alguna explicación?

Darío se queda mudo, tieso bajo el marco de la puerta del despacho. ¿Qué culpa tiene él si los clientes no llaman más? En todo caso debería pedirles cuenta a los comerciales aunque supone que para ellos tampoco es fácil.

FG se da cuenta de que quizás ha sido demasiado brusco e injusto con su jefe de tráfico.

— ¿Ha habido algún problema que yo no sepa?— pregunta con más suavidad FG

— Ninguno en particular que recuerde. Los normales de siempre, cosas puntuales, alguna incidencia, pocas diría yo. De haber habido algún problema importante te lo habría dicho.

FG asiente con la cabeza. Sabe perfectamente que Darío está siendo sincero.

— ¿Cómo va este mes?

— Más o menos como el anterior

— O sea que no vamos muy bien.

— El mes no ha terminado. Veremos.

F.G guarda silencio. Finalmente, dice:

— Sí, veremos. Pero me huelo que no ha sido como a mí me habría gustado. Gracias, Darío.

Acto seguido llama a su mujer al despacho. Tiene cosas que discutir con ella.

Cuando termina de hablar con su mujer, FG le hace un gesto con la mano a Laura para que acuda. La comercial de ojos achinados sabe en ese momento que ahora le toca a ella sufrir el mal humor de FG. Con un block para tomar notas en la mano, se sienta delante del jefe.

— Buenos días, Laura.

Le pone al corriente de lo que acaba de hablar con Darío.

Antes de hablar, Laura medita muy bien lo que va a responder a FG.

— Por supuesto Darío no tiene ninguna culpa— dice.— Eso está fuera de toda duda.

— Lo sé. Y lamento haber descargado mi mal humor con él. Pero hay algo que quiero que sepas, Laura. Mi mal humor no se debe únicamente a que hayamos tenido un bajón de servicios durante un par de meses. Es que esto ya dura hace algún tiempo. Presiento que nos estamos tambaleando. Necesitamos ampliar nuestra cartera de clientes, potenciarla. Creo que es el único camino para salir de este atolladero.

— Carlos y yo nos empleamos a fondo.

— No es suficiente, debemos mejorar nuestra estrategia de venta. Por cierto ¿dónde está?

— Supongo que trabajando.

— Hablaré con él esta tarde. Mira, lo mejor es que tengamos una reunión los tres. Hay que elaborar un plan de choque. Y si es necesario tendremos más reuniones para hablar de ventas.

En ese instante le pasan una llamada.

— Es el señor Ortiz de Fuentemayor y Derivados— le anuncia Silvi.

FG le hace un gesto a Laura para que lo deje solo.

— ¿Qué tal, señor Fuentemayor?— le saluda cordialmente FG. Hay que ser muy cordial con el mejor cliente de la agencia.

9 DE LA MAÑANA

Y he aquí la sorprendente conversación que sostienen F.G y el Sr. Ortiz de Fuentemayor y Derivados.

— Francisco... (le fastidiaba pronunciar Francesc. Decía que era a causa de su dentadura postiza, la cual al parecer, le impedía pronunciar según qué nombres sobre todo si eran catalanes) tengo un problema muy gordo.

— Usted me dirá, señor Fuentemayor. Aquí estamos para ayudarle.

— Necesito tener un documento importantísimo en mi despacho a LA UNA EN PUNTO.

FG consulta su reloj.

— Esto está hecho, señor Fuentemayor. Sólo son las nueve. Dispongo de cuatro horas.

— Hay que ir a recoger el documento a un Banco a las 12:30, es decir, media hora antes.

— No hay problema.

— No puede haber fallo alguno, Francisco. Me estoy jugando el futuro de mi familia y naturalmente, el mío propio.

— Eso es muy fuerte, señor Fuentemayor.

— Sé lo que me digo— le interrumpe bruscamente Ortiz de Fuentemayor— Mira, si ese documento no está en mi despacho A LA

UNA EN PUNTO, me pego un tiro y mi familia puede ir al Inserso.

— ¿No estará usted exagerando? A veces uno tiene un mal día—

FG le pone un poco de teatro al asunto.

— Fíjate si exagero que si me fallas pierdes mi cuenta.

FG cierra los ojos y el cerebro se le dispara. Hace números sobre la marcha, sin necesidad de calculadora, y llega a la conclusión de que si pierde la cuenta del Sr. Ortiz de Fuentemayor y Derivados, sería un golpe terrible para su 819. La angustia le atenaza el estómago.

— Mira Francisco— Ortiz de Fuentemayor interrumpe los negros pensamientos de FG— Hace muchos años que nos conocemos, los suficientes para saber que soy tu mejor cliente ¿no?

— Es posible, señor Fuentemayor.

— Entonces te hablaré con franqueza. Como de hermano a hermano. La cuestión es que tengo un yerno que es un mal nacido y pretende darme una patada en el culo y echarme del negocio para quedárselo él y sus lameculos. Dice que la Empresa necesita una importante inyección financiera y un gran esfuerzo humano para poder seguir adelante y que yo ya soy demasiado viejo para aguantar el tirón ¿comprendes por dónde va el bastardo? Me quiere lejos. Pero olvida que es MI NEGOCIO. Yo lo he parido y lo he hecho crecer y nadie me lo va a arrebatar y menos él que es un parásito de mierda y que lo único inteligente que ha hecho en su vida ha sido casarse con mi hija. Pues bien, he pedido un importante crédito al Banco PP.BB de la calle Balmes esquina Mallorca y naturalmente me lo han concedido. Y ahora entras tú y Barcelona Inmediato. Tu mensajero tiene que estar en el Banco a las doce y media. ¿Has tomado nota de la dirección, Francisco?

— Sí, señor.

— Bien, cuando llegue que pregunte por el señor Fontseca. Este

caballero le dará un aval por el importe solicitado que tiene que estar en mi despacho a LA UNA EN PUNTO. Esa es la hora en la que está prevista la reunión para decidir mi futuro, pero antes de que mi yerno empiece a hablar, arrojaré el aval sobre la mesa ¿Te imaginas la cara que van a poner? Se enterarán de una vez por todas quién es Ortiz de Fuentemayor. Conmigo no se juega. Nadie me arrebatará mi negocio porque una vez más seré el accionista mayoritario y de ahí ya no me echa ni la infantería. ¿Has tomado buena nota de todo lo que te he dicho, Francisco?

— Sí, señor. A LA UNA EN PUNTO estará mi mensajero en su despacho con el aval. No le fallaremos.

— Más te vale, Francisco. O perderás mi cuenta

Y cuelga.